

JUEVES CINEMATOGRAFICOS

DE
El Dia Gráfico

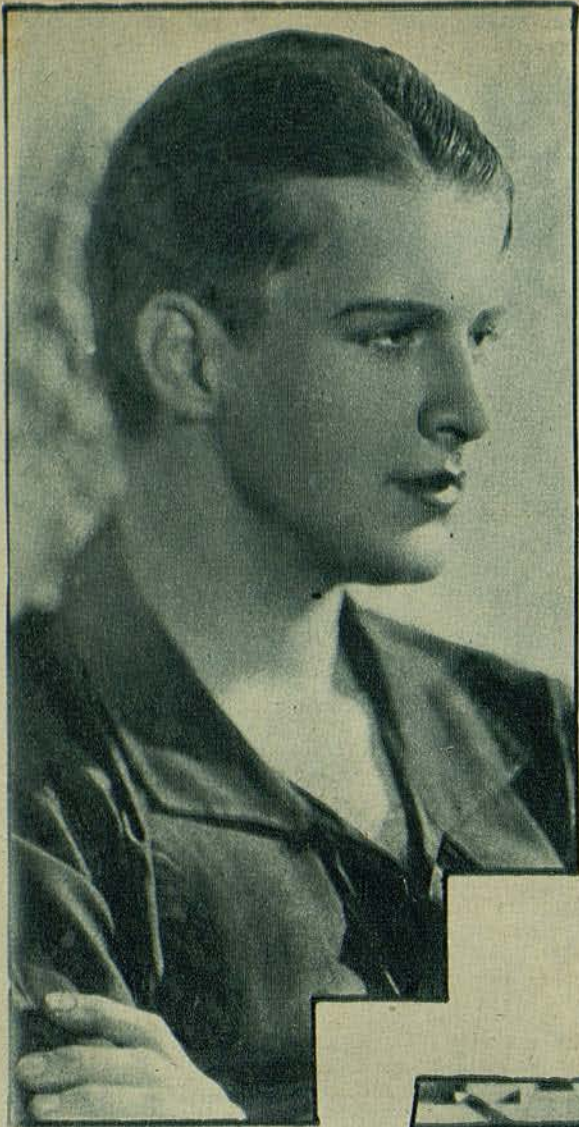
Num. 106

Marzo

21-1929



IRMA HARRISON,
NUEVA ESTRELLA DE
LOS ARTISTAS
ASOCIADOS



BARRY NORTON, JOYEN ACTOR DE LA FOX, Y YA UNO DE LOS PREFERIDOS



JEAN ARTHUR, LA BELLA STAR, ACTUANDO DE RECLAMO. MAS SUGESTIVO NO PUEDE SER



GOLLETT MOORE, EN ESTA ESCENA DE «EL GRAN COMBATE», DE LAS LECCIONES GAUMONT. DIAMANTE AZUL, PARA QUE SE DIVERTIRSE CON LOS APuros DE UN POSTO DE GENTINELA

LA BE.
TUANDO
O. MAI
NO PUE.
R



LINA BASQUETTE Y ROBERTO ARMSTRONG,
EN SU ULTIMO FILM PATHE, QUE REPRESENTA PARA ELLOS UN NUEVO EXITO



RICHARD ARLEN, QUE EN EL FILM «ALAS»,
DE LA PARAMOUNT, SE CLASIFICO COMO
ESTRELLA DEL ARTE MUDO

GOLLEN
MOORE, H
TA ESCO
«EL CRU
TE», DE H
S GAUMON
LZUL, PAR
SE CON LA
UN POSI
ELA



UNA ESCENA INTERESANTE DE LA ULTIMA
PRODUCCION DE ARTISTAS ASOCIADOS.
«VENUS», CREACION INSUPERABLE DE
CONSTANCE TALMADGE

ANNY ONDRA Y WERNER PIST.
CHAN, EN ESTA ESCENA DEL
FILM «EL PRIMER BESO», DE
SELECCIONES CAPITOLIO. PA-
REGEN GUARDAR UN SECRETO,
QUE SERA, SIN DUDA, EL ETER-
NO RECUERDO DE AMOR.



ARGUMENTOS DE PELICULAS

UNA MISION SECRETA

Desencadenábase la revolución, ensangrentando el generoso suelo de Rusia. Enloquecida por el miedo, la princesa Anastasia había tenido que huir de su país perseguida por las turbas revolucionarias; pero, ¡ay!, antes había sufrido los ultrajes y vejámenes de las desencadenadas hordas que por todas partes iban sembrando el terror. Uno de los jefes revolucionarios habíala tenido toda una noche a su merced.

De aquella vergonzosa noche, a la que no obstante su pena había sobrevivido, conservaba la visión obsesiva y cruel, y, desesperada, no pudiendo sustraerse a sus negros pensamientos, decidió ir a Berlín a reunirse con sus hermanos de desgracia, con otros emigrados, para vivir o desempeñar tareas y cargos ingratos desconocidos para ellos hasta entonces.

Allí se encontraban el general Silva, el príncipe Bulygin, el contralmirante Reeve, el barón Stern, todos altos dignatarios del antiguo régimen, actualmente cobijados en el restaurant «El pájaro de fuego», en el que todos ellos desempeñaban modestos cargos.

Una noche, Wilfrid Harland, hijo de un opulento industrial, fué al «Pájaro de fuego», donde la belleza de Anastasia llamó su atención y cautivó su alma, desde el momento en que hizo su aparición, no tardando en enamorarse, verdaderamente y ciegamente de aquella beldad. Sus visitas, al principio bastante esparcidas, se hicieron más frecuentes, hasta el extremo de abandonar la oficina donde habitualmente trabajaba en el negocio de su padre.

Un día le dijo su hermana Liliane: —Papá ha preguntado si estabas en la oficina, y para ocultar su falta, no he tenido más remedio que mentir. ¿Quieres decirme dónde vas todas las noches?

—Eres muy curiosa, Liliane.

—¡Toma! ¡Apuesto cualquier cosa a que estás enamorado!...

—¡Sí!..., efectivamente! Y de una princesa... para que te vayas enterando.

—¡Una verdadera princesa!... Tenemos que invitarla con toda su corte.

—Créeme que no te arrepentirás, Liliane; ¡si la conocieras! Hay en su vida un gran dolor.

Sin embargo, en las oficinas de la Compañía rusa Dabrovine, instaladas no lejos del «Pájaro de fuego», esperaban la llegada de un agente del servicio secreto.

Esta Compañía, bajo la apariencia de ser una agencia de una gran casa compradora de material agrícola, estaba encargada en realidad de la vigilancia de los emigrados.

Allí fué, pues, donde sentó sus reales el agente secreto, el incorruptible Sajenko.

Al día siguiente, por la tarde, Sajenko hacía su aparición en el mentado restaurant. Precisamente aquel día Anastasia, a instancias de sus compatriotas, había aceptado la invitación que se le hizo para bailar danzas de su país. Entre los asistentes reconoció con terror al hombre que había cobardemente abusado de ella, al miserable al que debía su vergüenza: ¡a Sajenko!

Con la natural zozobra, puso a sus compañeros al corriente de cuanto sucedía.

—¡No debe salir vivo de aquí!—dijo uno de ellos.

Anastasia replicó:

—Ha hecho detener a mi madre ese canalla. ¡Si lo matáis, mi madre también perecerá!

—Entonces ¿cómo nos las arreglamos para que no nos moleste?

—No lo sé; no encuentro el medio...

Como Wilfrid Harland se apresurara a saludar afectuosamente y ponerse a disposición de Anastasia, ésta añadió:

—No se quede esta noche, señor Harland, tenemos muchas cosas y muy graves que tratar entre nosotros.

—¿Hay peligro para usted, Anastasia?

—¡Para mí... y para todos!

—Si le hace falta un apoyo, disponga usted de mí.

Sajenko volvió al «Pájaro de fue-

go». Anastasia le había causado, también, una gran impresión.

—¿Quién es esta mujer que baila en el restaurant?—preguntó a su secretario.—Me gusta mucho. Dispón lo necesario...

Aprovechándose de la pasión que sentía por Anastasia, en la que no había reconocido a su antigua víctima, los emigrados tendieron sus redes para cazar al incauto Sajenko.

—No somos nosotros los llamados a exterminar a la bestia como se merece, pero pondremos los medios necesarios para buscarle su perdición.

Poco tiempo después, Sajenko fué convocado por la Sociedad Harland, que lo recibió con estas palabras:

—La Sociedad Harland, al mismo tiempo que los negocios, trata de las relaciones idealistas de pueblo a pueblo. Nos hemos, por lo tanto, tomado la libertad de abrirle un crédito de 100.000 marcos, en un Banco, para que los utilice en las obras que juzgue más convenientes: orfanatos, asilos, previsión social...

A cambio de esto imponemos como condición que nuestro nombre no suene para nada.

Sajenko aceptó aquel donativo inesperado y se deshizo en cumplimientos y elogios.

Sin embargo, Anastasia se había instalado en una magnífica quinta, gracias al apoyo financiero de Wilfrid, que ignoraba los proyectos de los emigrados. Invitó a Sajenko a sus recepciones, dándole a entender que la obtención de sus favores no era más que una cuestión de dinero.

Enloquecido, cegado por el deseo, el miserable no vaciló en firmar un cheque, del que se apoderaron los compañeros de la princesa.

Tenían por fin, un arma en sus manos que serviría para confundir al agente secreto, frente a su Gobierno.

Cuando, al día siguiente, Sajenko, que creyó haber pagado el codiciado fruto, se presentó en la quinta, se le introdujo en un salón donde ya le esperaba Anastasia.

Esta, como sin darle importancia, le preguntó: —¿No me reconoces? Sajenko abrió desmesuradamente

¿Prefiere el público las historias realistas en la pantalla?

por EMIL JANNINGS

La favorable acogida que el público ha dispensado a mis incursiones en el campo del realismo, ha sido el motivo que me ha incitado a buscar las razones de aquella preferencia.

Es una verdad, aunque lamentable, que en los tiempos heroicos del cine, ninguna historia se admitía si el héroe y la heroína no hubieran sido dos modelos de virtud y el traidor un ser indiscutiblemente depravado.

La consecuencia de esto, fué que el «cine» tenía la reputación de carecer de fondo y de realidad. No obstante, pasó algún tiempo antes que los escenaristas llegaran a comprender que la emoción de las gentes inteligentes no podía ser excitada por la representación de semejantes caracteres—o mejor dicho, caricaturas, si queremos aplicar el término que en justicia le corresponde—en la pantalla. Y cuando los autores empezaron a crear tipos que llevaban consigo lo bueno y lo malo en las proporciones habituales de la vida, hubo una reacción inmediata de parte del público.

Tal como la pantalla describe hoy, las dificultades de la vida y el modo de vencerlas por todos los países civilizados, tiene más interés que los estériles sentimentalismos exigidos por los escenaristas de Hollywood, hace una década. Aquello, a mi juicio, atraerá al cine una nueva categoría de fieles, formada por todos aquellos

los ojos, con una expresión de asombro reflejada en su semblante.

—¡Perro! ¿No conoces a la que manchaste con tu inmundicia baba? ¡Dí, reptil! ¿Tan pronto has olvidado tu infamia? ¿Has olvidado aquella terrible noche en que a la cabeza de una banda de foragidos, como tú, me tuviste a tu merced?

El agente secreto dióse cuenta inmediatamente de la celada que le habían tendido.

—¡Devuélveme el cheque!—exclamó asustado.

—Ya está camino de la frontera. Dentro de unos días estará en manos del Alto comisario. ¡En él firmaste tu sentencia de muerte!

A toda prisa volvió Sajenko a Rusia, pensando poder todavía destruir el papel que, irremisiblemente, le acusaba, pero era demasiado tarde. El cheque le había precedido.

En presencia del Alto comisario del servicio secreto, el miserable se hizo justicia, y Anastasia volvió a encontrar otra vez el amor de Wilfrid Hauland, la dicha que creyó perdida para siempre y el olvido de su doloroso pasado.

que prefieran asistir a una representación artística y verdadera que a una serie inacabable de escenas emocionantes.

Hace cinco años solamente, no se encontraba en ningún Estudio de Hollywood ni una sola película que «terminara mal» y he podido observar que de día en día, se va acercando el gusto de América al de Europa. Ese cambio, donde primero se pudo observar fué en Nueva York y Chicago. Ahora se va extendiendo lenta, pero seguramente, por las poblaciones pequeñas y distritos rurales y hasta lugares medio aislados del resto del mundo. Y, cosa curiosa, se extiende a pesar de la oposición que le hacen los directores de espectáculos. Antes, cuando el director de un salón exhibía un film que tenía un fin trágico o desgraciado, el público manifestaba abiertamente su desagrado. Y, claro está, hoy estos directores recuerdan todavía aquellos sucesos y como es lógico, no se apresuran a cambiar el género, por lo que no se le debe de censurar, ya que de esa manera defienden sus intereses. Pero, a pesar de la oposición, el cambio subsiste, es lento, pero real.

Para evitarme el tener que recordar más películas y hacer inacabable la relación, citaré solamente dos, que hace un par de años solamente hubiera sido imposible representar en Hollywood. Me refiero a «El destino de la carne» y «El patriota», y ahora es no sólo posible sino que se llevan a la realización continuamente. Mantengo el principio de que si se llega al final de una película por los caminos que la lógica reputa como bueno, el público, sea del país que fuere, la admite sin protesta de ninguna clase.

Además, flota en el ambiente un sentimiento bien definido, que el porvenir se encargará de poner de relieve. Me refiero a la novela de gran intensidad dramática y cuyo final no tendrá un absoluto punto común con la vida. La tendencia de la novela, del teatro y del gusto popular nos llevan en esa dirección a pasos agigantados.

El realismo, el drama y hasta el melodrama, serán bien acogidos.

Las causas de por qué el «desentente trágico» en los films no era muy popular en América, había que buscarlo en el hecho de que los americanos son ciudadanos de un país muy próspero, feliz y optimista, que está acostumbrado a ver las cosas por el lado más bonito y fascinador. Esta es una de las características raciales. Sin embargo, la vida moderna une tan íntimamente a América con Europa

y con el resto del mundo, que sus ciudadanos sienten y actúan inmediatamente a cada pensamiento o idea nuevos. Están saturados de cultura europea, de pensamiento europeo, de reacciones europeas. Los libros que se publican en Europa, son traducidos inmediatamente al inglés. Se ponen a la venta en las librerías americanas al mismo tiempo casi que ven la luz y se leen en Europa, y, si ejercen alguna particular influencia en Europa, no la ejercen menos en América, en el mismo sentido.

Yo creo que la filosofía optimista del Nuevo Mundo se va mezclando gradualmente con el realismo del Antiguo.

Y no es que el Nuevo mundo sea menos feliz o menos optimista en sus perspectivas; también él ha vivido y por eso se concibe que pueda simpatizar con el Viejo en lo que respecta a la parte interesante que aporta a los dramas de la vida. La nueva actitud del público americano presuponía, pues, la creación del film del tipo adulto o inteligente; es decir, inteligente en comparación a las producciones sentimentales de antaño.

No quiero parecer pedante ni darme aires de intelectual o de misántropo y menos desdeñar la introducción del amor en los films. Me gusta la realidad en las cosas, pero sin simbolismos; o por lo menos si lo hay, que esté distribuido en partes iguales.

¿No es esto lo que pasa en la vida real y cotidiana con las emociones y reacciones humanas? Tenemos nuestro pensamiento y obramos con arreglo a él. La imagen se forma en el espíritu, en su manifestación externa, es como si dijéramos, «la soga tras el caldero»; o tras la causa el efecto.

Paralelamente, el film que les muestra a ustedes la fisonomía de su héroe favorito, debe ser contrarrestado por la interpretación sensata y disciplinada de un carácter.

Los artistas de cine, no somos solamente marionetas, cuadros vivos o figuras de cera, sino seres que seguimos paso a paso las modalidades que se operan en el gusto popular y las traducimos o procuramos traducirlas fielmente en la pantalla.

Si me fuera permitido dar un consejo, les diría a los productores de film:

«Acojan con benevolencia a todos aquellos que aporten ideas nuevas, que tengan en el cerebro la visión de algo excepcionalmente sensacional y que sus concepciones salgan a la superficie!»

Un reportaje literario en Hollywood

«Los Annales» acaban de empezar la publicación de una serie de artículos del más vivo interés, para el público cinéfilo. Con el título de «Excesivamente cerca de las estrellas», el autor traza con mano maestra un detallado esquema de la población, a la vez que hace una descripción justa, precisa, de la maravillosa ciudad californiana y de los espirituales croquis tomados sobre el terreno, en la intimidad de las estrellas. Todos los que en Europa seguimos con interés el dinamismo de Hollywood, su vida activa, y su grandiosidad, hemos acogido la publicación, que nos permite trasladarnos allá, con sumo interés. He aquí algunos párrafos:

«La que podríamos llamar «calle de la Paix» de Hollywood, se denomina allá «Hollywood Boulevard». Gran avenida, perfectamente recta, abarrotada de almacenes, restaurantes y hoteles, y atravesada por un tranvía. Uno de los mejores hoteles que en ella se hallan emplazados es el Hotel Chrissie, que pertenece a los famosos hermanos del mismo nombre, autores de regocijantes comedias. Los dos mejores restaurantes son: «Montmartre Café», cuyo propietario es un francés, donde se dan cita todas las estrellas y «Henry», cuyo propietario es Henry Bergmam. Este nombre nada dice, pero nos permitiremos recordar que el público ha visto con agrado, en repetidas ocasiones, a este honorable «cafetero» en varias películas de Chaplin, del que es el más ardiente colaborador, hace más de quince años.

Henry es grueso, jovial, de un maravilloso buen sentido y, en recompensa de su colaboración y amistad, Charlie le distingue mucho, haciéndole de vez en cuando espléndidos regalos, no obstante su proverbial tacañería.

Todo el mundo va a visitarle, y casi todas las noches, hacia las doce aproximadamente, puede verse en su establecimiento, sentado a una mesita aislada y desierta, a Charlie Chaplin, cenando tranquilamente, bajo la vigilante mirada de su protegido, que le mira embelesado desde detrás del mostrador.

No me pararé a describirles las numerosas avenidas. Sólo diré que todas se parecen y todas están provistas de enormes palmeras alienadas frente a los edificios, donde se acumulan, así como en las plazas, puestos provisionales de madera para la venta de flores de vivos colores o de frutos dispuestos en pirámides al aire libre. Las grandes velocidades de los autos

están prohibidas y los agentes motociclistas detienen sin remisión a todos los que levan velocidades superiores a 35 millas por hora.

Casi todos los ciudadanos tienen una casa y un coche. No se vende allí más que a crédito, lo que permite que todo eso esté al alcance de cualquier fortuna; así, pues, no es raro ver a una empleadita de un almacén con un magnífico «auto» que la espera a la puerta para llevarla a casa, ambas cosas de su propiedad.

Ya habéis visto en el cine todas esas ciudades americanas, de madera o pasta de cartón, de colores vivos—rosa, verde, amarillo—y cubiertas con tejados de colores oscuros y a menudo de un solo piso. El estilo empleado más frecuentemente es el español y árabe; el interior está compuesto de un saloncito, un dormitorio, sala de baño y cocina. Desde luego me refiero a las que pagan de cincuenta a setenta y cinco dólares al mes, como plazos mínimos. Ante la fachada, un jardincito con su consabida palmera gigantesca. Teléfono, nevera y camas, que van empotradas en los muros cuando no se usan, son los suplementos que hay que anotar además.

En Hollywood hay calles enteras formadas por «bengalows» o casitas pequeñas. Por el lado de Wilshire Avenue, y algo más arriba hacia Beverly Hills, se alzan «bengalows» más bonitos. Tienen la misma disposición que los citados, pero son, por regla general, de más pisos. La gente «elegante y culta» se manda construir las casas al estilo inglés (hay casi tantas como de estilo español) y las gentes más refinadas, casas de pasta de cartón, ante las cuales todo el mundo se extasia; son una especie de «castillo de Versalles» en miniatura. Esto es el colmo de la elegancia...

Penetremos ahora en el secreto de un gran palacio de Beverly Hills, durante una recepción en casa de una estrella, de la que el autor respeta el incógnito.

«El fumadero se llena poco a poco. Circulan con profusión los «cocktails» a base de jugo de «grape-fruit», presentados por criados de guante blanco.

Los invitados son presentados e introducidos ceremoniosamente. Llegan por pequeños grupos, tiesos, estirados y tan dignos que dan frío. Cada uno que llega es recibido con un movimiento de curiosidad seguido de un murmullo de todos los que llegaron con anterioridad. Luego, las mujeres se van al «grupo de las mujeres» y los hombres al de los hombres. Al co-

menzar la «soiree» las mujeres y los hombres se separan, en efecto, en dos grupos distintos. Yo creo que la falta está en los hombres, que, aparte de su propia mujer, con las demás son tímidos... o temen demasiado que el diablo les tienta.

El querido conde, no es ni casado ni tímido y no teme tampoco caer en la tentación. Mariposea de uno en otro corrillo, y los maridos, desde sus puestos, miran con cara patibularia a aquel hombre guapo y elegante que tanto se prodiga y multiplica con las damas.

Echo una ojeada a mi alrededor, y veo las mismas caras que vi el otro día en casa de Marion Davies y ayer, sin ir más lejos, en casa de Corinne Griffich. Porque en Beverly Hills se sabe de antemano a quienes se debe invitar y a quienes no.

Como ustedes pueden imaginarse, los celos, la envidia, y las habladurías toman un carácter muy agudo, resultando muy difícil para una dueña de casa, complacer a todo el mundo.

He visto a G. S... pasando horas y más horas ante el papel, ayudada por dos secretarías, combinar la «soiree» del día siguiente.

—M. D..., bien. Pero si la invito, tengo también que invitar a Henry y Eddie.

—Naturalmente, señora—dice la secretaria, escandalizada de que pueda olvidarse.

—Pero yo no quiero invitar a Eddie.

—¿Por qué?

—Pues... porque viene G. W... ¡vamos!

—¡Ay, pues es verdad!

Un momento de consternación: Vuelve a empezarse de nuevo la lista.

—Supongo que habrá usted contado con Elena Costello y su marido, ¿verdad?

—He contado, desde luego, con Elena, pero no con su marido.

—¿Cómo se entienda! ¡Pero si no hace un mes que se han casado!...

—Sí, es verdad pero desde ayer están tramitando el divorcio.

Después de haber borrado mil veces nombres y más nombres, queda ¡por fin! confeccionada la lista de invitados, desarrugando así el entrecejo la dueña de la casa que ya empezaba a encontrarse frente a un problema sin solución. G... suspira con satisfacción y dice sonriendo:

—¡Uf!... ¡Ya está! No le queda a usted más que elegir entre Corine y Mae, ¿no le parece?

Son las ocho de la noche aproximadamente. Todo el mundo está allí re-

ACTUALIDADES CINEGRAFICAS

LAS PRIMERAS CASAS DE PRESTAMOS

En esa especie de «Paraiso Terrenal» que se llama Hollywood, no había casas de préstamos, ni émulos de Shillock el Judío, ni Zaragüetas, ni cosa análoga; lo que, en buen castellano, quiere decir que sus «artísticos» moradores y, como consecuencia, los que de ellos viven, no sabían lo que eran estrecheces ni miserias.

Hoy ya no podrán decir lo mismo. ¿Qué ha pasado en la Meca de la cinematografía? ¡A qué extremo han llegado los cineastas! Hollywood cuenta con dos magníficas «casas de préstamos», montadas según los últimos adelantos—adelantos que pagarán muy caros los incautos que a ellas tengan que recurrir—, en la que se «banderillea» al que traspasa sus umbrales con la misma limpieza que en la vieja Europa... y hasta hay quien asegura que ha empezado también a funcionar otra «entidad» que hace operaciones comprando las papeletas.

La Prensa de aquel país (me refiero a la cinematográfica), comenta este acontecimiento haciendo derivar la sátira hacia los films parlantes. Dice que muy pronto, los artistas que cultiven ese género, tendrán que acudir a ellas...

¡VENGA ACTIVIDAD!

Dorothy Pauker es una chica que se dedica a emborronar cuartillas con bastante acierto, y que fué importada a Hollywood por la Metro, en unas condiciones como sólo son capaces de hacerlas los americanos. Pero a Miss Pauker le oure lo que nos ocurre también a los demás mortales: que no siempre está inspirada y que, a menudo, cuando lo está, no tiene ganas de trabajar.

La Empresa, cosa lógica, le paga espléndidamente para estimularla, pero la joven mencionada ha creído sin duda tiene derecho a una renta vitalicia y se toma las vacaciones cuando quiere y se ausenta de su magnífico despacho cuando le da la gana. Para que se vea el humorismo de Miss Pauker les contaré una anécdota:

No hace muchos días salió de su oficina, sin decir nada a nadie—como de costumbre—, pero dejó un cartelito en la puerta que decía, sobre poco más o menos: «Se ruega a los visitantes que esperen un momento. Estaré de vuelta dentro de un mes».

COSAS DE DANE

Karl Dane, al que todos ustedes conocerán como el «Slim» de «La gran

parada», es un humorista en todos los actos de su vida, incluso en los de la privada. El otro día se le incendió un magnífico automóvil, y como las llamas amenazaban prender en otros autos y objetos que lo rodeaban, alguien juzgó conveniente avisar a los bomberos. Cuando éstos llegaron, armando un estrépito formidable y provistos de abundante material de incendios, encontraron a Karl con un sifón en la mano, intentando apagar aquel violento fuego... y fumando tranquilamente.

¡Los hay que no se molestan por nada!

FIN

Nils Asther, convalectante de la epidemia de gripe dominante en Hollywood, recibió el otro día la visita de Mme. Olga, la conocida domadora, acompañada de dos pequeños leopardos y un cachorro de tigre. Los cuatro venían a felicitar a la enferma.

Excusamos decir que con una visita semejante hay para morirse.

No sabemos si Nils Asther habrá recaído en su enfermedad, pero apostamos doble contra sencillo a que un rato de «jindama» nadie se lo quitaría...

EL MAGO DE HOLLYWOOD

unido). La luna asoma su rostro por las ventanas para curiosar y dar un vistazo. Nadie se fija en ella. Poco a poco la severidad se va diluyendo en los cocktails, y los dos grupos háense convertido, como por arte de magia, en uno solo. En la terraza que da al jardín, algunos pollos, de «smoking», fuman y charlan sin abandonar un momento el vaso. Me dan la impresión de que todo lo que dicen es fingido, de que no tienen un motivo de conversación sólido en el que hincar el diente, haciendo un verdadero esfuerzo para encontrarlo en todas esas «soirées» hay muchas gentes, demasiadas, que se conocen muy poco. La mujer del embajador y la del opulento banquero, que han sido invitadas sólo por ser las esposas de tan significados maridos, dan la sensación de estar un poco descentradas, fuera de su ambiente, al encontrarse al lado de una joven hermosa que ha hecho su debuts en casa de Mack Sennett o de un pollo de mirada radiante y dientes de lobo, que está a punto de ser una gran «vedette».

En la mesa, un servicio magnífico, iluminado por varias bujías que sostienen magníficos candelabros. «Viste mucho», eso de comer con bujías!... Precisamente esta paradoja y la afectación de adoptar normas y costumbres que ya pasaron, dan un encanto seductor a este país esencialmente moderno.»

¿Puede pedirse una mejor descripción de una «soirée» de celebridades. «Se baila muy poco en Beverly Hills después de comer. La gente que ha trabajado todo el día, tiene gusto en hacer trabajar todavía su cerebro. Se organizan juegos, donde el talento ha de ejercitarse y donde la improvisación desempeña el principal papel. No hay nada más asombroso que ver a Marion Davies imitando a Lillian Gish, Pola Negri, Gloria Swanson, etcétera.

Amablemente, sin hacerse rogar, divierte a la galería durante horas enteras. Algunas veces, Hany Crocker, Chaplin o Fairbanks, juegan con ellas pequeñas charadas o piecitas que imaginan. Estas personas, sobre to-

das, son el alma de las reuniones, haciendo en ellas gala de su talento.

La dueña de la casa, gusta hacer los honores todo el tiempo necesario, siempre que no exceda de la una de la mañana, hora que se recoge con objeto de estar a la mañana siguiente, a las nueve en punto, en el «set».

Chaplin, cuando adquiere confianza con las gentes que trata, es admirable. Canta, toca el piano, hace imitación tal gracia y tal verbosidad, que como los muchachos nos quedamos con un palmo de boca abierta. ¿Es posible que se puedan tener tan buenas y ocurentes ideas improvisando?

Tiene conciencia de su superioridad. Su talla desmedrada se agiganta. Y por un momento creemos percibir que bajo sus cabellos grises se desliza mansamente el río azul del Genio.»

Aquí terminamos la transcripción a que nos ha llevado nuestro afán informativo... el resto quizá tendremos ocasión de comunicarlo a nuestros amigos lectores.

J. F

Los amores de Clara Bow

En un saloncito moderno, gris y violeta, un ramo de narcisos amarillos, contenidos en un magnífico búcano negro, esparce su aroma. Miss Bow, acogedora y sonriente, habla:

—Se me reprocha el que ame la vida la alegría y la juventud. Dicen que soy muy peligrosa para los hombres. Cuentan estupideces, alguna cosa verdadera y muchas otras que no son más que ridículas invenciones. Creo que ninguna joven cineasta está excluida de la atención—en bien o en mal—de los que gozan recogiendo las historias que circulan por los estudios; ahora bien; si es usted un hombre imparcial y quiere saber, antes que todo, la verdad respecto a mis amores, tal como es, escúcheme.

Y Clarita, al terminar aquel contacto de discurso, envió rodando al otro lado del salón un cojín de terciopelo negro, redondo como una pelota, impulsado por su leve pie encerrado en un precioso estuche de «satén».

—Ahora voy a confesarme con usted y empezaré diciendo que lo que amo sobre todas las cosas es mi profesión. He podido casarme y hasta no le negaré que he querido hacerlo... pero... ¡qué es un marido para una mujer que debe la mitad de su existencia al público y un cuarto muy cumplido a la compañía que la emplea? Como usted verá, es una cuarta parte de mujer—muy menguada, por cierto—lo que queda para el hombre que tiene derecho a exigir todo; ¡es esto una garantía de felicidad para un hogar? ¡Mis asuntos amorosos? ¡No son un secreto para nadie! Tengo veintidós años y he recibido tantas declaraciones amorosas por minuto como días tiene el año. Si mi vida de estrella dura solamente cinco años más, tendrá que emplear una regla de cálculo si quiero saber el número exacto de declaraciones recibidas...

PRINCIPIOS QUE PROMETEN

«A los diez y seis años, le aseguro que era una chiquilla capaz de plantificar un par de bofetadas en las mejillas del primer muchacho que hubiera intentado abrazarme; pero he aquí que un buen día, en la escuela dominical, encontré a un muchachote imponente, bien desarrollado, fuerte, rubio y no mal parecido, llamado Billy Burns. Todas las muchachas andaban de cabeza por él. Su familia era tan rica, como pobre la mía, y, a pesar de eso había tenido la galantería de fijarse en mí. Mi amor propio estaba halagado, como

usted comprenderá. Hice—no lo niego—cuanto pude para enamorarme de aquel hermoso muchachote; pero... ¡como si no! El amor que yo esperaba distaba mucho de ser la tranquila satisfacción que me producía el haber sido elegida por un rico muchacho. Entonces, como es lógico, vino otro galán, llamado también Billy—Billy Ormsby, al que mi madre favorecía. Como mi madre, en aquel asunto, no era la principal interesada, rechacé naturalmente, toda idea de matrimonio. No estaba yo entonces dispuesta a hacer un negocio por medio del matrimonio. Erame preciso un grande y perfecto sentimiento, y la primera vez que pensé en casarme fué con un obscuro escribiente llamado Garret Fort. Pero sucedía que el sentimiento perfecto y grande no era para él; era para su madre, a la que yo quería con adoración y que por vivir a su lado hubiera sido capaz de casarme con tantos hijos como hubiera tenido. Ya puede usted suponerse que aquello quedó en agua de borrajas y que, por lo tanto, continué mi camino. Entonces fué cuando se me presentó el amor con sus terribles sensaciones de vacilación, angustia y maravillosa alegría...

EL RAYO

«Estaba yo rodando un film titulado «The Plastic Age», cuando Mister Ben Schulberg me dijo un día:

—Pensamos contratar a un joven y esperamos sólo la opinión de una mujer de gusto, respecto a su físico, para cerrar trato, ya que nosotros, los hombres, no sabemos distinguir en estos asuntos.

Vi en la pantalla a un joven artista del género de John Gilbert, romántico y gallardo. Mi entusiasmo fué enorme. Algunos días después, una vez le vi en el estudio, nuestras miradas se cruzaron; entonces, mi corazón, mi cabeza, todo mi ser, fueron invadidos por una deliciosa e inexplicable sensación; ya no era dueña de mí; mi alma pertenecía por completo a Gilbert Roland.

Mis preferencias se habían inclinado del lado de los tipos morenos y ardientes, y éste era de piel oscura como la noche, sus ojos fulgían como dos ascuas; es imposible expresar con palabras lo mucho que me gustaba; era la realización de mis deseos, de mis ilusiones y todo aquello que en mis ensueños imaginé.

En un minuto y solamente con una mirada quedé locamente enamorada de Gilbert Roland.

Para completar mi ideal, Gilbert era celoso como Otelo, y llevada por la violencia de este sentimiento, he vivido horas inolvidables, terribles, encantadoras, desesperadas.

En nuestro amor, nada ha escapado a las emociones reservadas a las grandes pasiones y ha conocido todas las dificultades. Mi padre, mis amigos, su familia, las mutuas religiones, todo se oponía a nuestro casamiento, y para colmo de desdichas, no disponíamos de un céntimo.

Sofaba yo en góndolas y mandolinas mientras que prosaicamente sentados al amor de la lumbre teníamos que limitarnos a soñar... en mandolinas y góndolas.

Poco tiempo después se despertaron en Gilbert unos celos horribles; decíasele que yo flirtaba con otros. Las disputas empezaron a amargar nuestra existencia. Mi trabajo le irritaba y cuando debí partir con Víctor Fleming para rodar «Álax», se puso frenético.

Los periódicos—no sé porqué todavía—anunciaron por aquel entonces mi noviazgo con Fleming. Era falso, completamente falso, al menos en aquella época.

Naturalmente, esta situación dió origen a una serie de discusiones violentas entre Gilbert y yo. A partir de este momento no podíamos hablar sin que azomara la hiel a nuestros labios; ya no podía hablar ni reír con hombre alguno sin que inmediatamente no surgiese una escena desagradable.

Fué en aquellas circunstancias cuando empezó Bob Savage a manifestarme una constante asiduidad.

AMOR, RABIA, FUROR...

«Bob Savage pertenecía a la Universidad de Yale. Le creí un muchacho bien educado, de equilibrado cerebro... ¡Qué es lo que se aprende en la escuela sino la disciplina del espíritu? Mas cuando me dirigió la palabra, lo primero que hizo fué informarme de su fortuna, de su familia, tomándose por una mercancía que podría adquirir a elevado precio. Desde el primer momento me inspiró un profundo desprecio. No he tenido en mi vida más dinero que el que he ganado en el cine y tal proposición era para mí un insulto.

Bob Savage, sin embargo, no cesó en su empeño; empezó a seguirme, a perseguirme...; era mi sombra, me lo encontraba por doquier, en las afueras en el restaurant, en el teatro y en el estudio.

Se convirtió en un obsesionante fantasma.

Un día, en una reunión, fué a encontrarme y me abrazó con fuerza.

Ya sabe usted lo que la Prensa ha contado acerca de esta historia. Tenía la boca llena de sangre, pero yo juro por lo más sagrado que yo no le mordí, como se dijo; sin duda debió cortarse adrede el labio para crearme dificultades...

Me amenazó con suicidarse y no hallaba yo la manera de calmarle. En mi vida había visto a un hombre tan poseído del demonio como él, y yo quería a todo trance evitar el escándalo.

Pero el escándalo surgió... ¡y de qué manera! Algunos días después hallóse a Bob tendido en el suelo, en su casa, sobre una alfombra rodeado de muchas fotografías más después de haber intentado poner fin a su vida. Sangre por todas partes, cartas que había dirigido a sus amigos y a mí... ¡Oh, qué historia más abominable!

Cuando fui citada a declarar ante el Tribunal, no quise manifestar la creencia que tenía de que estaba loco...; pero, no opina usted que realmente se trataba de un perturbado? Naturalmente, este desdichado asunto precipitó la ruptura con Gilbert.

ENTREACTO

«Un día, una de mis amigas me presentó a Gary Cooper, que pronto se convirtió en un ferviente admirador mío. Me inspiró en seguida una profunda y tierna simpatía. Me gustaba y el sentimiento que me inspiraba era parecido al que experimentaba una madre por su hijo. Le consolaba de sus pesares, le acariciaba los cabellos, escuchaba con atención sus quejas.

Pero yo era todavía muy joven y me gustaba también ser consolada, aconsejada, dirigida por Victor Fleming, que no se cansaba nunca de ser mi genio bienhechor y mi sincero amigo.

Fleming era solamente un asiduo concurrente a mi casa y la antigua historia de celos reapareció en Gary, a quien le disgustaba que yo pudiese hallar cerca de Victor el apoyo moral que él encontraba en mí. ¿Por qué han de ser los hombres tan egoístas?

Existen, a mi parecer, varias clases de amor. Puede haber atracción por el cerebro, por el corazón, por la necesidad de amar o por la de ser amada.

¡Pues bien, lo que más resaltaba de Victor ante mis ojos, era esta impresión de firmeza, de delicada e inteligente ternura, de dirección constante que ejercía sobre mí!

La soy acreedora de mucho y todos sus consejos han sido siempre seguidos por mí con el mayor interés. La única sombra que empañaba nuestra mutua amistad era que también tenía deseos de casarse conmigo. Vacilé; existía una tan gran diferencia

BIOGRAFÍAS

William Le Baron, vicepresidente de la RKO Studios Inc., en Hollywood

El señor William Le Baron, vicepresidente, a cargo de la producción de la RKO Studios Inc., en Hollywood, nació en Elgin, el 16 de febrero de 1883.

El señor Le Baron se educó en la Universidad de Chicago, donde estudió desde 1901 hasta 1903 y en la Universidad de Nueva York desde 1903 hasta 1904.

Antes de darse a conocer en la industria cinematográfica, el señor Le Baron había adquirido ya notable prestigio como autor teatral, escritor y editor. Entre sus obras de teatro se cuentan «The Echo», «The Very Idea», «Her Regiment» (con Victor Herbert), «Back to Earth», «I Love You», «Apple Blossom» (con Fritz Kreisler y Victor Jacobi), y otras.

Como lumbrera en el mundo literario, el señor Le Baron desempeñó el cargo de editor gerente del Seminario Collier desde enero de 1918 hasta julio de 1919, siendo en esta época cuando inició su carrera cinematográfica, como director general de las producciones del Cosmopolitan. Durante el desempeño de este cargo inspeccionó la filmación de dichas películas, como «When Knighthood Was in Flower», «Little Old New York» y «Humoresque».

Seguía trabajando con el Cosmopolitan, hasta 1924 que se unió a la

muy conocida Compañía Famous-Players Lasky Corporation, como socio productor a cargo de los Estudios Paramount, en Long Island, donde inspeccionó muchas de las películas de esta Compañía, incluyendo entre ellas varias de las filmadas por Gloria Swanson, Thomas Meighan, Richard Dix y Herbert Brenon.

«Beau Geste» fué filmada también bajo la inspección del señor Le Baron, y como «Humoresque» obtuvo de premio una medalla. Es el único productor de películas a quien se le ha concedido tal honor, en dos de sus producciones.

En mayo de 1927, el señor Le Baron se unió a la RKO Studios (anteriormente FBO); como vicepresidente a cargo de la producción; en este puesto ha inspeccionado la filmación de todas las últimas películas y tiene a su cargo la dirección del mejor y más grande programa de la RKO correspondiente al próximo año, que comprende 30 hermosas películas, encontrándose en primer término «Rio Rita», en la cual trabajará el mismo personal de Florenz Ziegfeld.

El señor Le Baron es miembro de la Liga de Autores de América, de la Sociedad Americana de Dramaturgos y Compositores, del Club Atlético de Hollywood y de los Clubs Lotos, Players, Dutch Treat y Coffe House.

de edad y de carácter, que debimos renunciar. En cuanto a nuestra amistad, nunca sufrirá quebranto.»

EL GRAN AMOR

«Siempre creí que nunca amaría a nadie como quise a Gilbert Roland. Hoy sé positivamente que no era éste mi grande, mi único, mi verdadero amor.

He podido distinguir por fin a aquél cuyo corazón y cuyo cerebro corresponden a todas mis aspiraciones de felicidad en la vida.

Lo siento infinito, pero no puedo revelar su nombre. No se ocupa en absoluto, de cosas de cine; está casado, pero no vive con su mujer; no tiene hijos; posee el ardor y el misterio de Gilbert; tiene el mismo tipo gallardo que Gary y el cerebro y la experiencia de Victor Fleming... En fin, lo quiero y me adora.

¿Llegaré a casarme un día? Nada puedo anticipar. El porvenir se encargará de arreglar o estropear las cosas.

¡Hay un abismo tan profundo entre un marido cuyos negocios estén apartados del cine y una «vedette» que vive de la pantalla!

Soy muy joven; ¡pero el tiempo de que disponemos las estrellas es tan breve!...

Si conservo el amor del hombre a quien quiero, habré vivido una existencia maravillosa; cuando llegue la hora en que el público empiece a cansarse de Clara Bow... entonces me consagrare con toda el alma a desempeñar un solo papel, el de la esposa que se debe toda al hombre amado.»

J. LHERIS

Hollywood, marzo.



EN «LA SINFONIA PATÉTICA»,
OLGA DAY COMPARTE CON HENRY
KRAUSS UN ÉXITO LEGÍTIMO



LA BELLA MARY ASTOR,
DE LA FOX,
EN UNA POSE QUE REVELA
NO ANDAR MUY
ATAREADA



CONSTANCE TALMADGE Y
JEAN MURAT, EN UNA ESCENA DE «VENUS»

«EL VALS DEL AMOR» ES EL
TITULO DE ESTA CINTA, DE
SELECCIONES CAPITOLIO,
CREACION DE LYA MARRA Y
BEN LYON

